PRIMERA PARTE DE LOS AMOROSOS SUCESSOS, Y tragica hiſtoria de dos finos Amantes, Don Diego de Peñaloſa, y Doña Maria Leonarda, dà cuenta como eſta Señora ſe casò con èl, à peſar de graves inpedimentos de ſu Padre: con lo demàs que verà el curioſo Lector.

ROmpa la vaga Region
eſſe elemento, que manda
lenguas al clarin ſonoro,
que ſiempre en voz de la fama,
y el èco de ſu armonia
con alegres conſonancias
à Climas eſtraños llegue,
para que notorio haga
el mas ſingular ſuceſſo,
y hiſtoria mas celebrada,
que ſe ha oìdo, ni ſe ha viſto,
ni eſcriben plumas humanas,
Y porque en duda no quede,
es preciſſo declararla,
para lo qual pido, y ruego,
que me dè favor, y gracia
à la Virgen del Pilàr,
Madre de Dios Soberana.
En la iluſtre Zaragoza,
à quien del Ebro las aguas
bañan con claros raudales
ſus invencibles murallas,
à donde la Virgen pura,
nueſtra Madre, y Avogada,
que es la Virgen del Pilàr,
tiene ſu Divina Caſa,
pues ſe apareciò glorioſa
en eſta lucida Patria
à el Apoſtol San-Tiago,
diciendo, que le labrara
ſu Caſa de adoracion,
en donde la veneraran,
para que alli eſta Señora
ſus maravillas obrara.
En fin, en eſta Ciudad,
que ya dexo mencionada,
vivia un gran Caballero
de eſclarecida proſapia,
y noble genealogìa,
llamado Don Juan de Lara,
con ſu muy querida eſpoſa
Doña Maria Leonarda,
los quales en dulce union
ſe querian, y eſtimaban,
y del feliz Matrimonio
el Cielo les hizo gracia,
y les dio un Angel por hija,
de las mugeres la gala,
que por ſu hermoſa belleza,
y perfecciones tan raras
era hechizo de las Dioſas,
y otra Elena robada,
el Crimen de Dios Cupido,
y de Flora ſemejanza,
que ſi Venus mereciò
aquella hermoſa manzana,
que ſe apareciò en la meſa
donde las Dioſas eſtaban,
tambien eſta hermoſa Niña
mereciò, que la adoraran

los

los mas nobles Caballeros
de mas bizarria, y fama,
como lo dirà la letra,
que aqui al presente se canta.
Llamabase esta señora
Doña Maria Leonarda,
pues le pusieron los mesmos
nombres dè su Madre amada.
Criaronla con regalo,
con muchas joyas, y galas,
assistida de Doncellas,
que la traìan en palmas,
dandole gusto sus Padres
siempre en lo que deseaba.
Y assi que llegó à cumplir
en su dulce, y tierna infancia
quince Abriles su belleza,
la pretendian con ansia
los mas nobles Caballeros,
y desvelados andaban,
siendo Linces de sus rexas,
como de su calle guardas,
ofreciendose rendidos
à sus bellissimas plantas,
cantandole muchos versos,
y primorosas tonadas,
pero su esquivèz altiva
à todos los despreciaba,
mostrandose mas cruel,
mientras mas la laureaban;
pero con mayor empeño,
entre todos se señala
con amorosos extremos
un Caballero, que llaman
Don Diego de Peñalosa,
y fue cosa, que le agrada
à esta copia de belleza,
pues dexando el ser ingrata,
correspondiò à sus favores,
y de secreto se hablaban:
y el uno à el otro se dieron
de casamiento palabra,
y estando para pedirla
à sus Padres lo dilata
por ciertos inconvenientes,
y cosas que precisaban;
à cuyo tiempo otro amante,
que por esta niña andaba,
que era Don Martin de Soria,
Caballero de importancia,
se anticipò, y à su Padre
se la pidiò con mil ansias,
haciendole mil promessas,
y prometiendo dotarla
en cinquenta mil ducados,
y otras prendas vinculadas.
Y discurriendo Don Juan
serìa cosa acertada,
se la ofreciò con testigos
debaxo de su palabra,
y Don Martin muy contento,
viendo, que sus esperanzas
llevaban buenos principios
para lo que deseaba,
se despidiò muy contento,
y Don Juan se fue à su casa,
llamò à su hija, y le dixo
con amorosas entrañas:
Has de saber, hija mia,
como te tengo tratada
de casar con Don Martin
de Soria, y le tengo dada
la palabra con testigos,
y en ello no ha de haver falta,
mi-

mira lo que me reſpondes,
ſi es coſa, que à ti te agrada,
Reſpondió Doña Maria
reſuelta, y determinada,
diciendole; Señor Padre,
no importa, que eſſa palabra
(ſin ſaber mi voluntad)
no obliga à cumplirla en nada,
que no ſiendo yo guſtoſa,
ſerà fuerza quebrantarla.
Don Diego de Peñaloſa
es quien conmigo ſe caſa,
y ſi lo llega à ſaber
lo que con Don Martin paſſa,
ſerà coſa, que le quite
la vida ſin mas tardanza,
con que aſsi, para evitar
la reſulta de eſta cauſa
deſpida uſted à Don Martin,
antes oy, que no mañana,
que con èl no he de caſarme,
aunque pedazos me hagan.
El Padre lleno de enojo,
encendido en ira, y rabia
ha dicho: Como traydora,
reſpondes demaſiada ?
No vès, q̃ eſſe hombre es pobre ?
Y ella entonces replicaba:
Por eſſo, que yo ſoy rica,
y le ſupliré la falta.
Viendo Don Juan, que ſu hija
con razones no ſe ablanda,
la encerrò en un quarto ſola,
ſin quererle dàr, ni aun agua.
Tuvola alli un dia entero,
y à la noche la ſacaba,
y llevandola à la meſa,
á ſu lado la ſentaba,
y deſpues de haver cenado
comidas muy regaladas,
dixole: Hija querida,
por Dios el guſto me hagas
de querer à Don Martin,
que lo eſtimarè en el alma:
No quieras, hija querida,
no permitas, prenda amada,
que yo quede deſayrado,
por faltar à mi palabra,
porque como falte à ella,
ſeràn mis congoxas tantas,
que muera de peſadumbre
ſolamente por tu cauſa.
Reſpondiò Doña Maria:
Porfias ſon eſcuſadas;
Señor, eſſa peſadumbre
uſted es quien quiere buſcarla,
porque yo no ſe la doy,
ni tal coſa imaginara:
Don Diego de Peñaloſa
es quien conmigo ſe caſa,
que à Don Martin aborrezco,
ſin que otra novedad haya.
Eſto que ha oìdo Don Juan,
sacò un puñal de la bayna,
y al tiempo de ir à tirarle
llegò ſu eſpoſa, y lo abraza,
poniendoſe por delante
las doncellas, y criadas.
Saliò ſu hija huyendo.
y èl dixo: Traydora anda,
que te juro por quien ſoy
de hacer una accion tan rara,
que ni Don Martin te lleve,
ni Peñaloſa te valga.

Aſsi

Afsi eſtuvo aquella noche,
diſcurriendo modo, y traza
para reducir ſu hija,
que hicieſſe lo que le manda;
diſcurriò (qnè tyranìa !)
la crueldad mas inhumana,
que ſe ha oìdo, ni ſe ha viſto
en todo quanto el Sol tapa,
que fue llevarla à los Montes,
y en un arbol amarrarla,
y ſi no ſe reconviene,
dexarſela alli, ò matarla.
Puſolo en execucion,
y antes que rompieſſe el Alva
de ſu caſa la ſacò
en un caballo à las ancas,
diciendole, que à un Convento
iban à depoſitarla.
Por fin ſe metiò en los montes
por los cerros, y cañadas,
haſta que en el mas oculto
ſitio, que ſe le antojaba,
que aun apenas ſe podia
hacer evidencia clara
ſi era noche, ò era dia,
por la eſpeſura de ramas,
de robles, pinos, y encinas,
laurèles, olmos, y palmas.
Se deſmontò del caballo,
y en un arbol amarrada
la dexò muy afligida,
y de alli ſe retiraba.
Senròſe ſobre una peña,
para que rato paſſara,
y volver à requerirla
por vèr què razon le daba;
pero dormido al inſtante
quedo ſin que deſpertara,
haſta que à la luz del dia
cubria la obſcura capa
de las funeſtas tinieblas
de la noche en ſombras pardas:
Deſpertò deſpavorido,
y procurando buſcarla,
ò por permiſsion del Cielo,
ò por ſu fortuna infauſta,
no pudo encontrar el ſitio
donde la dexò amarrada.
Aqui fueron los lamentos,
los llantos, y las plegarias,
que el Caballero hacia
à Dios por ſu hija amada.
Viendo, que por diligencias,
que hacia no la encontraba,
y aunque queria dar voces,
no podia pronunciarlas,
porque el grande ſentimiento,
y pena, que le cercaba,
con el dolor, los ſentidos,
y la voz ſe le embargaba.
Pues miren como eſtaria
aquella hermoſa Diana
amarrada en aquel arbol
de noche entre aquellas matas,
que para perder las vidas
poco à los dos les faltaba.
En donde los dexarèmos
entre congoxas, y anſias,
que en otra ſegunda parte,
ſi al Auditorio le agrada
promete Joſeph Franciſco
decir lo demàs que falta.

F I N.